

PREGÓN DE FIESTAS
ALGIMIA DE ALMONACID

20 de agosto 2011

Algimianas y algimianos,

Constituye para mi un motivo de satisfacción poder dirigirme a vosotros para felicitaros con motivo de las fiestas patronales, invitaros a participar en las mismas y desearos que las disfrutéis en compañía de vuestras familias y todos vuestros amigos. La satisfacción aumenta al dirigirme desde este balcón, lugar privilegiado donde los haya, dentro de nuestro pueblo. Este lugar ha sido testigo mudo de infinidad de acontecimientos, de los de nuestras vidas, y, especialmente de las de todos aquellos que nos precedieron, desde el año 1877, como recuerda la forja que preside este lugar, anunciando que es la Casa consistorial. El Ayuntamiento es, junto con la Iglesia dedicada a San Juan Bautista, uno de los edificios más importantes de Algimia; es, asimismo, símbolo de las libertades y de la pluralidad de opiniones.

Anunciaros el comienzo de las fiestas me llena de orgullo, debo confesarlo. Me siento completamente satisfecho con este encargo que, en nombre de la Comisión de fiestas, me hizo Paco el de Albacete la víspera de San Antón de este año, lo que les agradezco muy sinceramente. Las fiestas del mes de agosto, las que ahora comenzamos, han variado mucho a lo largo de los últimos años. Tal vez lo aconseja la constante pérdida de población que desde hace más de medio siglo ha tenido que soportar nuestro pueblo de Algimia. Y nuestro primer agradecimiento debe dirigirse a quienes viven aquí durante todo el año y mantienen vivo este maravilloso rincón de la Sierra de Espadán, es decir a los vecinos que nos permiten reencontrarnos con tantos y tantos recuerdos. Gracias, pues, a todos. Sin vosotros no serían posibles las fiestas. Y con vosotros, la Comisión de fiestas merece un recuerdo especial por sus desvelos, por su dedicación y entrega generosa.

Damos comienzo hoy a dos semanas intensas, en las los actos culturales, las celebraciones religiosas, las verbenas y los toros colman las esperanzas de tantos y tantos algimianos que deseamos

encontrarnos con algo nuestro, abandonado cuando el destino, voluntariamente o a la fuerza, nos trasladó a otro lugar.

Cuando Paco, en nombre de la Comisión de Fiestas, me invitó a pronunciar este pregón festivo, me acordé inmediatamente del tío Manuel de Osuna, pregonero durante mi infancia. Acostumbraba a dar a conocer tanto las órdenes municipales del alcalde como cualesquiera otras informaciones que interesaban a los vecinos de Algimia. Él recorría el pueblo y, siguiendo el trayecto de la procesión, pregonaba en voz alta un texto previamente memorizado, que él recitaba acompañándolo del sonido de su corneta. Se trataba de un recorrido circular que comenzaba en la Plaza de Abajo, donde nos encontramos, y finalizaba en la de la Iglesia. El pregonero distribuía los bandos en círculo, parecido al que describen las estaciones del año y las cosechas del campo. Su recuerdo nos acompañará hoy.

Las fiestas patronales concentran en las dos últimas semanas de agosto festejos que antes se celebraban a lo largo de todo el año. Porque no tenemos que olvidar que Algimia de Almonacid era un pueblo de “labradores”, actividad a la que se sumó después la apicultura, a la que se dedican algunas familias (José y Manuel de Inés, Gonzalo la Churra, Pepe Laura, Miguel de Carolina, y otros), y la manufactura de la madera, en la que se especializaron otras familias (Manuel y Rafael de Bezón, Vicente Severina, Vicente la Plaza, Leonardo, Manuel del Maestro, Emiliano, y otros más). Las festividades tradicionalmente han guardado una estrecha relación con las labores agrícolas, y especialmente con la recogida de las cosechas. Aunque algunas fiestas han desaparecido, como la de San Isidro, que se celebraba en el mes de mayo, y durante la cual se ofrendaban al patrón de los labradores las primeras frutas primaverales, se mantienen otras, como la de San Juan Bautista (24 de junio), que anuncia la inminente llegada del verano, y de la cual se conserva viva la tradición de encender hogueras. He de confesar que, para los niños de mi infancia, la fiesta de San Juan significaba, además, la posibilidad de bañarse (*ir a nadar*, decíamos) en el “Pozo del Marchante”, en el “Pozo del Engullidor”, o en las balsas del “Cañar”, del “Molino” o la del “Tío Tomás”, ya que entonces todavía no disponíamos de la piscina; del mismo modo, la fiesta de San Antón, el 17 de enero, daba por concluida la

cosecha de las aceitunas (“olivas”), aunque todavía seguían trabajando las almazaras (“almaceras”). Esta última celebración desapareció en su formato original, pero se recuperó con posterioridad, y se mantiene viva gracias a Joaquín de las Eras. Así pues, el ciclo anual estaba organizado según las estaciones y las diferentes labores agrícolas, a las cuales se acomodaban las fiestas religiosas.

De entre todas las fiestas destaca la del “Cristo de la sed”, que se celebra –por lo menos desde que mi memoria alcanza- el cuarto domingo de agosto. Podría decirse que con ella se finalizaba el verano y, aunque faltan unos días para el otoño, la recogida de las almendras y las primeras uvas de escasas cepas dispersas anuncian ya la nueva estación. Pero volvamos al Cristo. Todos los algimianos teníamos y tenemos una cita el cuarto domingo de agosto, por celebrarse ese día la fiesta mayor de nuestro pueblo. El Ayuntamiento y la Iglesia, responsables de la misma, convocaban a los vecinos con un volteo de campanas el sábado anterior, a las 2 de la tarde. Las campanas y los cohetes anunciaban el júbilo y la alegría por la fiesta próxima. Siempre hubo –hasta que se mecanizaron- personas que voluntariamente se ofrecían a voltear las tres campanas de la torre, haciendo partícipes a todos los vecinos de la alegría por la fiesta y del merecido, aunque breve, descanso estival; atrás quedaba la recolección de las cerezas en la huerta y también en los cerezales de Espadán o del “Barranco de los cerezos”; la siega del trigo y la trilla en las desaparecidas eras de “caseticas”, “de carniceros”, “de los pobres”; y también la “saca del zuro” (corcho). Recuerdo, entre los volteadores, especialmente a Inocencio el de Heliodora, y no puedo pasar por alto el riquísimo repertorio de toques diferentes que conocía y practicaba José el Pintor, último de los sacristanes; su habilidad tañendo las campanas informaba a los algimianos de todas las circunstancias de la vida colectiva (fiestas o toques a rebato en circunstancias de excepción) y también de la vida privada (“señal de difuntos”).

El día de la fiesta del Cristo constituía un momento de especial significado en nuestra vida, en la vida de un pueblo dedicado completamente a la agricultura, para el que no existían horarios ni fines de semana: sólo había trabajo, esfuerzo y sacrificio para vivir con una relativa dignidad, sin ningún lujo y con escasas

comodidades. El día de la fiesta era especial porque nos “mudábamos” (nuestras madres nos vestían con el mejor atuendo posible). Ese día los baúles, las arcas y los armarios dejaban salir las blusas de vestir o el traje de casar, guardados cuidadosamente: un cierto olor a naftalina y alcanfor invadía momentáneamente la iglesia. A la misa acudía el Ayuntamiento en pleno –acompañado el consistorio por sus consortes, vestidas para la ocasión, como hacían mozos y mozas en sus respectivas fiestas-. El día de la fiesta todavía depararía nuevos elementos de contraste y sorpresas agradables frente a la monótona vida diaria. La paella solía ser excepcional porque se preparaba con pollos y conejos criados en los propios corrales. Por la tarde –sin preparativos- se congregaba al son de bandurrias y guitarras, o también al son de la banda de música (¡había una banda de música! Hilario, Vicente Carrica, Manuel de Orenga, Gonzalo las Eras, Leonardo, fueron algunos músicos), a los vecinos en la Plaza de la Balsa para participar en el “Baile suelto”. Muchos han sido los bailadores y bailadoras que han deleitado a generaciones sucesivas. De mi infancia recuerdo a Vicenta “Pichón”, el “Jotera”, Rosalía Julio y Pedro Gimeno, mi tía Encarnación, Adelaida, José Felemina, Plácido, y un largo etcétera. Después de muchos años de silencio se recuperó y volvimos a disfrutar con los nuevos actores: Maruja del Carnicero, M^a Carmen de Leonardo, Maruja Esparza, Úrsula, Natividad de Félix, Lucía, Domingo “Jotera”, Julio Pedro, Joaquín de Lucinda, Sandalio y Ricardo Jaime. No debemos olvidar a los últimos cantadores (Vicente Elvira y Paco el del Baile) y a los músicos (Pepe y Rafael de Batán, Emilio el Maestro, ...).

La fiesta del Cristo, ahora, es la que da comienzo al conjunto de fiestas patronales, religiosas y taurinas. Recientemente se le han unido algunas festividades como la de las Mozas, que se celebraba el cuarto domingo de octubre, concluidas las actividades agrícolas del otoño, y como anticipo de las de invierno. La colonia de veraneantes procedentes de la ciudad de Valencia ha introducido la festividad de la Virgen de los Desamparados, así como, por parte de los que emigraron a Cataluña, se incorporó, temporalmente, un día dedicado a la Virgen de Montserrat.

*

Tal vez creáis que he desenterrado muchos recuerdos. Os seré sincero, desde el mes de enero de este año he dado rienda suelta a mi imaginación pensando cómo sería el día de hoy, este preciso momento. A lo largo de este tiempo no he dejado de evocar recuerdos, todos aquellos que me sugerían este balcón y esta plaza. Yo vine a vivir aquí, a esta plaza, desde el Carcabo, hace 50 años y me instalé justo ahí enfrente. La plaza ha cambiado de nombre en dos ocasiones, aunque con anterioridad a la Guerra Civil, había recibido el de “Plaza de Abajo”, como recordaba un azulejo en la casa de la antigua carnicería del tío Vitorino -ahora la casa de Rosalía y Sandalio-, en el que se leía “calle Plaza de Abajo”. En aquellos años todas las casas estaban habitadas. Comenzando por mi izquierda: Francisco el Baile y Vicenta su mujer; Amparo y Concha Berenguer, habitada temporalmente por Pascual “el lucero” y su esposa Joaquina; mis abuelos, Joaquín de maleno y Vicenta el capellán; Cristóbal; Pepe batán y Josefina su mujer; Fernando y Ángeles; José Valentina y Consuelo la chula; Rosa el seco y sus hijos Emilio y Miguel; mis padres, Pepín y Bernardina; Manuel y María Fernando; Abelina y Rafael; Paco Julio y Catalina; Isolina; la escuela –hoy consulta del médico- y la casa del maestro, donde muchos de nosotros aprendimos a leer y escribir, guiados por sacrificados maestros, como Doña Rosa Gimeno Bea. Además, en esta plaza, que a mí me parecía enorme, se detenía el tío Pepe el Molinero con su carro para recoger las cestas y paquetes que se enviaban a Segorbe. Hoy, sin embargo, casi todas las casas han quedado vacías y, durante gran parte del año, están habitadas sólo por el silencio.

Si he recordado a los vecinos de esta plaza no es porque sí. Los recuerdos se revelan fundamentales, constituyen una parte importante de cada uno de nosotros. En realidad ayudan a comprender lo que somos, y ponen al descubierto el elemento común que nos une. Con ellos encontramos un lugar de reunión y por eso, entre otras cosas, recordamos con agrado nuestra cita del cuarto domingo de agosto. Al volver aquí, cada año, nos encontramos con todo lo que dejamos, creemos encontrarlo tal y como era entonces, a pesar de los cambios producidos. Una vana ilusión, ciertamente. Por ello, en nombre de todos los que ya no vivimos aquí, vuelvo a agradecer a los que todavía vivís en Algimia y a la Comisión de fiestas que hagáis posible este maravilloso y mágico

encuentro estival, que finaliza una vez concluidas las fiestas. Lo sabemos, ciertamente. Nos consuela, sin embargo, saber que volverá a producirse, de nuevo, el año siguiente.

El tío Manuel el “pregonero” salía del callejón de la Talega y entraba ya en la Plaza de la Iglesia, su última estación; allí concluía su pregón. Las campanas al vuelo anunciaban la inminencia de la fiesta. También nosotros las hemos escuchado hoy y las escucharemos estos días. El eco de su tañido me invita a finalizar este pregón deseándoos, de nuevo, unas felices fiestas en las que la alegría y el júbilo se den la mano con el respeto a todos aquellos que aspiran y/o necesitan descansar durante estos días. Las modalidades festivas son muchas y, por ello, resultará oportuno que optemos por la que sabe combinar respetuosamente todas las opciones posibles.

Muchísimas gracias por vuestra atención y, muy especialmente, por haberme brindado la posibilidad de dirigirme a todos vosotros desde este balcón del Ayuntamiento que, desde el lejano 1877, ha presenciado las vidas de nuestros antepasados y también las nuestras.

Francisco M. Gimeno Blay